



Villagarcía, 26 de noviembre de 1967

Tengo el dolor de anunciaros la muerte de nuestro querido Sacerdote Salesiano,

Rvdo. D. Victoriano Rodríguez Martín

que falleció a consecuencia de un accidente automovilístico habido a la entrada de la ciudad de Vigo el 5 de noviembre de 1967.

Sólo la fe en Dios nos puede consolar de la perdida sufrida con la muerte de nuestro querido Don Victoriano. El dispone todas las cosas según su beneplácito: hágase su voluntad.

El día antes de su accidente había venido a dormir a su nueva casa, el Colegio de la RENFE, instalado cerca de Villagarcía de Arosa en la provincia de Pontevedra. Sólo una noche durmió en su cuarto, aún sin adecentar, sobre una cama dura y sin aditamentos.

Había sido nombrado Director de la misma este año. Al principio de verano acudió a Turín al cursillo de los Directores, del que vino entusiasmado, por haber tenido ocasión de visitar otra vez los lugares santos salesianos.

La mañana del 30 de octubre, tenía intención de marchar a Vigo a buscar a un salesiano de su Comunidad para ir reuniéndose con el fin de preparar la venida de los muchachos. Al no poder hablar por teléfono para indicar que viniera solo ese salesiano, aprovechó la invitación de un amigo y subió a su coche para venir a Vigo. A la entrada de esta ciudad, por efecto de un derrape, el conductor perdió el dominio del coche que chocó contra otro turismo que venía por su mano. Fue traído sin sentido a la Residencia del Seguro de Enfermedad de Vigo, donde se le apreció, además de shock traumático, la rotura de pelvis. Se le practicaron las curas de urgencia y ante la persistencia de cierto pe-

ligro de graves complicaciones, se avisó a sus familiares. Los médicos de la Residencia, que tomaron particular empeño en la marcha del proceso, constataron que iba reaccionando bien, por lo que quedamos bastante tranquilos, al menos, desecharmos el peligro de gravedad.

A las dos horas volvió en sí y fue recuperándose, aunque no le dejó nunca una cierta depresión moral. Para un hombre que no ha tenido más enfermedad que un catarro, decía en son de broma, esto ha sido un pequeño fracaso íntimo.

Yo me encontraba en el Colegio-Hogar. Avisado con urgencia fuí a su lado. De igual modo los hermanos de las dos Comunidades de la ciudad de Vigo. También se notificó el accidente sufrido, a sus cuatro hermanos religiosos: una Hija de la Caridad, otra Salesiana y los otros dos Salesianos, quienes acudieron a su lado rápidamente.

Al entrar en la Residencia, fue asistido por el Capellán de la misma, quien le administró los Santos Sacramentos, posteriormente, se le impartió la bendición de María Auxiliadora. Un cierto temor tuvo siempre, por eso quería sentir la cercanía de un salesiano, durmiendo todos los días alguno en su compañía.

El sábado, 4 de noviembre, pasó el día normalmente, con las molestias propias de su postura. El Director del Colegio de María Auxiliadora pasó la

tarde con él y le encontró muy animado. Se le llevó la reliquia de Domingo Savio que pedía con insistencia.

A las cinco de la mañana del Domingo, se sintió mal. El Salesiano que le asistía se lo dijo. El le preguntó en qué se lo conocía. Por la cara, fue la respuesta. Se llamó a la enfermera, quien apreció que se iba. Vino el médico de guardia, que era antiguo alumno suyo de Salamanca, y el capellán quienes sólo pudieron ponerle dos inyecciones y constatar su muerte.

Una embolia, efecto del accidente, fue la causa inmediata del fallecimiento.

Todos habíamos marchado de su lado tranquilos, confiando en un pronto restablecimiento, menos el hermano menor, salesiano.

La noticia de la muerte de D. Victoriano, me llegó, camino de Zamora, a través del Sr. Director de Allariz. Con él y el Sr. Director de Orense, me volví a Vigo. Avisados sus hermanos, se presentaron urgentemente al lado del difunto.

Se dio a conocer la noticia de su muerte a todos los Colegios Salesianos. Inmediatamente se empezaron a decir las Misas por su alma. Se hicieron las gestiones para poder trasladarlo al Colegio-Hogar de San Roque, donde se instaló la capilla ardiente. El funeral tuvo lugar en la iglesia de María Auxiliadora, con la asistencia de casi todos los Sres. Directores, de la Madre Inspectora de las Hijas de María Auxiliadora, una representación de la RENFE y un numeroso grupo de Antiguos Alumnos y Cooperadores de Vigo.

Celebró la Misa del funeral, el Rvdo. D. Emilio Corrales, y el Director de María Auxiliadora, D. Luis Lozano, condiscípulo y compañero de trabajo durante casi veinte años, predicó la homilía con sentidas palabras de despedida.

El mismo día por la tarde, me trasladé con sus hermanos a su pueblo natal para alentar a sus padres transidos de dolor, quiénes han dado un alto ejemplo de vida cristiana al aceptar con gran resignación el hecho.

Los restos mortales de D. Victoriano descansan en el cementerio de Vigo, junto al de otros salesianos que murieron cargados de méritos y virtudes.

Nuestro querido D. Victoriano había nacido en un pueblecito de la provincia de Salamanca, Valsalabroso, en una región de abundantes vocaciones salesianas, el 9 de agosto de 1929.

Sus cristianos padres don Alfredo y doña Estefanía, dieron al Señor cinco de sus seis hijos, cuatro de ellos salesianos. El Rector Mayor les impuso una insignia por tan honroso motivo. Educaron a sus hijos en la austereza cristiana, propia de su carácter sencillo y fiel. En este ambiente germinó la vocación de D. Victoriano, recién acabada la Cruzada Española, como precioso fruto de la sangre de nuestros mártires.

Ingresó en Astudillo el año 1941, donde pronto comenzó a desollar por su madurez y buen juicio, así como en los estudios donde siempre se mantuvo en los primeros puestos. Pasó luego a Mohernando a hacer el Noviciado el año 1945. Esta casa, que rezumaba ambiente martirial junto con sencillez y alegría, le preparó para la primera consagración de los Votos el año siguiente 1946, el día 16 de agosto. Allí mismo hizo los años de Filosofía al final de los cuales estuvo haciendo de Asistente de Novicios por una temporada, pasando luego al Colegio de María Auxiliadora de Salamanca como Maestro y Asistente. Allí descolló por su responsabilidad en la enseñanza, junto al trabajo en otras actividades como el teatro y las Compañías al lado de D. Luis Chiandotto.

Los años de Teología de 1951 al 1955 los pasó en Carabanchel Alto, formando parte de un curso de más de cuarenta neosacerdotes, entusiastas y dinámicos. La circunstancia de que su hermana mayor, Hija de San Vicente de Paul, residía en el Hospital General, hizo que múltiples veces hiciera de enfermero y acompañante de salesianos enfermos. Los veranos de Teología los pasó en los Colegios de Madrid ayudando en la preparación del libro de D. Bosco de la BAC.

Se ordenó Sacerdote el 26 de junio de 1955. Celebró su primera Misa en su pueblo natal.

El primer destino como Sacerdote fue de Maestro y Asistente en la Universidad Laboral de Zamora; pasando luego a Consejero de la sección de internos. En cuyo cargo demostró su competencia para tratar a los muchachos y a sus familiares, así como a los Delegados de las Mutualidades que encontraban en sus ideas la preocupación por los jóvenes. Su gran deseo de estudiar para hacerse más competente en el desempeño de su misión educadora no pudo llevarse a cabo por tener que atender a otras ocupaciones.

De Zamora fue trasladado al Colegio de Huérfanos de Ferroviarios de León como Prefecto. Allí permaneció seis años. De la competencia con que desempeñó su cargo hablan los señores de la Institución. Trabajó denodadamente para que los muchachos tuvieran buenos campos de deportes, estuvieran materialmente bien atendidos y gozaran de las distracciones oportunas. Las relaciones con la Institución fueron de colaboración sincera para el bien de los muchachos.

Durante este tiempo atendió a la Capellanía de las Hermanas Salesianas que recordarán sus predicaciones y clases, asiduas y bien preparadas. Todavía recuerdan la última Novena de la Inmaculada, en que el fervor y sinceridad hacían llorar de emoción a sus oyentes.

Le gustaba predicar y lo hizo muchas veces, entre otras cosas, como decía él, porque así se predicaba a sí mismo y le servía de medio para espiritualizar su vida. Casi todas las pláticas las escribía para aprenderlas de memoria: un montón de cuadernos dan fe de ello. La predicación fue su apostolado sobresaliente.

Otra de sus cualidades más relevantes fue, sin duda, su responsabilidad en lo que los Superiores le encargaron. Aquello de lo que se encargaba él, podía asegurarse que se llevaría a cabo con perfección. En las reuniones de Prefectos del año pasado, él fue el promotor tanto de la forma a aceptar, como de los criterios expuestos por los Superiores sobre orden y control de nuestras economías.

Estaba dotado de cualidades humanas sobresalientes. Agudo para penetrar el eje de los asuntos;

inteligente y pronto en la resolución; visión rápida de la cuestión a tratar y solución de las dificultades que surgieran; cualidades de trato y simpatía que granjearon abundantes amistades y con las que ganaba el aprecio de todos, tanto de los dirigentes como de los empleados. Siempre se preocupó, como algo suyo, de que los empleados estuvieran tan atendidos como lo permitieran las circunstancias.

De las ilusiones y programas, que para su nuevo cargo se había formado, nos da fe la conversación que, con su hermano y otros salesianos, sostuvo en la tarde del 4. «En Italia, decía con satisfacción, nos han hecho un lavado de cerebro, pero en buen sentido». «En nuestra Comunidad, no permitiremos jamás, que se critique y murmuré. Para solucionar ciertos casos existe un despacho».

En el poco tiempo que ejerció de Director y en la preparación de las bases concretas, por las que se iba a regir el Colegio de Villagarcía, dio muestras de todas esas cualidades de gobierno como quedó patente en el aprecio de que se hizo merecedor por parte de los Jefes de Estudios de la RENFE.

El aprecio de que gozaba en León se vio en el funeral, que el día 10 de noviembre, tuvo lugar en el Colegio de Huérfanos de Ferroviarios. Autoridades de la Zona de la RENFE, Delegados del Colegio, profesores, conocidos y amigos, se unieron a testimoniar la pena por la pérdida sufrida.

Dios le llevó cuando su preparación podía ser más útil a la Congregación. Hágase su voluntad. La nuestra hubiera sido que se curara para estar entre nosotros en el trabajo. Dios se contentó con que aceptara la carga y la empezara. Un Salesiano más que cayó en la brecha, una honra para nosotros sus hermanos. Respetemos los designios del Señor, que gobierna todas las cosas.

Quedamos tranquilos porque se hizo todo lo humanamente posible para que todo saliera bien.

No olvidemos en su muerte al que tanto apreciamos en vida. Dios le dio muchas almas que pidieron por él. Sus cristianos padres y sus cinco her-

manos vivían pendientes de su palabra. «Siempre fue el primero en todo, y ha querido serlo precediéndonos al cielo», decía Sor Mercedes, Hija de la Caridad.

Ahora en su muerte ha gozado de abundantes sufragios que le habrán confortado del olvido de la muerte.

Antes de finalizar, doy gracias a todos los Salesianos de nuestra Inspectoría y de otras, que se han unido a nosotros en el dolor. Mi gratitud a la carta aleccionadora de nuestro Rvdmo. Rector Mayor, unido a nuestra pena y a la de los padres y familiares del finado.

Ante el recuerdo de este Salesiano, tratemos todos de hacer votos por ir llenando nuestra vida religioso-sacerdotal de más autenticidad y de este mo-

do cuando el Señor nos llame, nos encuentre colmados.

Que, como me decía el Rvdmo. Rector Mayor, esta muerte sea bendición de vocaciones.

Digamos todos: «Hágase, Señor, tu divina voluntad en todas las circunstancias».

Mientras seguimos rezando por el alma de Don Victoriano, elevemos nuestra voz al cielo por nuestra amada Inspectoría a fin de que el dolor sea semilla para un mejor desarrollo en su misión evangelizadora.

Pedid también por vuestro afmo. hermano en D. Bosco.

Santiago Ibáñez
Inspector.